

RECENSIONES

G. P. MAXIMOFF. "The Political Philosophy of Bakunin". Glencoe, Illinois, The Free Press. 1953. 434 páginas.—

No hay teoría social que haya sido objeto de interpretaciones más dispares y de opiniones más distintas que el anarquismo. En el orden de la valoración del hombre de la calle, anarquismo suele ser término equivalente a destrucción sistemática, falta de orden y ausencia de autoridad y jerarquía. Incluso en la apreciación de personas más cultas, siempre que no sean especialistas en esta clase de estudios, anarquismo significa simplemente ausencia de poder coactivo, negación del Estado y en resumen visión utópica e irrealizable del orden social. Entre estos dos polos se mueve la valoración del anarquismo por el hombre de la calle; destrucción o utopía. Sin embargo, el anarquismo es mucho más que esto y aun se puede afirmar que en cierta medida *no* es esto. Desde el punto de vista de sus teóricos el anarquismo es una fórmula aleccionadora que acabará para siempre con la injusticia social y en términos generales con el mal objetivo. Es la fórmula para realizar la felicidad en la tierra. Y tal tesis no es una afirmación de carácter literario, aunque es cierto que el anarquismo ha tenido una acentuada dimensión estética, ya que su subsuelo doctrinal es completamente lógico y constituye uno de los aspectos más interesantes del proceso teórico-político contemporáneo. Estamos hoy ante

una revalorización, bien es verdad que sólo de carácter crítico y erudito, de las doctrinas anarquistas. revalorización que es posible sea el momento inicial de un reverdecer de la doctrina, por lo menos en su dimensión no revolucionaria.

El anarquismo ha tenido, como todos sabemos, una dimensión concreta de carácter revolucionario: ha sido una *práctica* revolucionaria. Pero esta *práctica* revolucionaria anarquista, que parte del supuesto de la destrucción del orden existente, para establecer otro perfecto, se suele interpretar mal, o mejor dicho no se da la clave de su interpretación. Que el anarquista emplee como instrumento de su credo político la bomba o el puñal, es algo que no acaba de entenderse, ya que no hay congruencia entre la causa y el efecto. Parece, entre otras razones, que tales atentados son ineficaces, pues se da por supuesto *a priori*, que no han de lograr su objetivo final. En el fondo detrás de todo anarquista de acción que practica el terrorismo como medio para lograr sus fines, se esconde un espíritu religioso. Sin duda ninguna esta religiosidad está inconfesada e incluso no reconocida, pero lo mismo que de Proudhon se puede decir que estaba obsesionado por problemas de carácter religioso, se puede afirmar del anarquista de acción que es un alma profundamente religiosa que, desviada de los cultos positivos, lleva su impulso religioso a un sacrificio personal que a veces, con independencia de sus consecuencias,

roza o entra de lleno en las acciones extraordinarias de las personalidades superiores. El anarquista sacrifica su vida para lograr la perfección, o un aumento por lo menos, del nivel de pureza y virtud de la sociedad. Para el anarquista de acción sus atentados no son un crimen, sino una lección liberadora ante cuyo supremo valor el propio anarquista se ofrece como víctima. Mueren, según una frase tónica, en "holocausto a la sociedad". Con razón dice Proudhon que detrás de todo problema político se esconde un problema religioso y con razón podemos decir que detrás de toda conciencia anarquista hay una conciencia religiosa.

En todo caso la caracterización antropológica del anarquista es muy difícil. Quien más y mejor profundizó en este tema fué Dostoyevsky con su genial capacidad para penetrar el oscuro mundo de las almas que "esperan". Precisamente el autor cuya antología nos ofrece Maximoff, y a la que se refiere esta recensión, se ha pretendido identificar con un personaje de Dostoyevsky: Bakunin, el genial anarquista ruso, se ha pensado que fuera la persona real de la cual Dostoyevsky se sirvió para diseñar el personaje de Stavroguin de su obra "Demonios". No parece que haya fundamento de hecho que sostenga esta identificación. Desde luego la vida de Bakunin no coincide con la de Stavroguin. El primero fué un hombre de acción; el segundo un psicópata anormal que no lograba encontrar ni por medio de la razón, ni por medio del instinto, la vía para satisfacer una profunda y esencial preocupación que le atormentó durante toda su vida. La psicología de Stavroguin es literaria; excesivamente compleja, incongruente y afectada para ser real. En algunos rasgos pudiera aproximarse a Bakunin, por ejemplo, en la extraña fascinación personal que ejercía sobre los demás. Lo mismo Bakunin que Stavroguin habían nacido para ser

objeto de la admiración y de la adulación de los otros.

Los otros se sienten seducidos por la extraña fascinación que poseen estas personalidades. Es difícil precisar cuál sea la razón de tal atracción, sin embargo, en los personajes de Dostoyevsky parece claro que la fascinación procede de la visión de una infinitamente profunda vivencia de la esperanza. Quienes viven con una desesperación profunda la esperanza, seducen a los demás, porque desde el cristianismo la esperanza es un constitutivo esencial de los que participan —en cualquier plano que sea— de la vida y cultura occidentales. Y no hay duda de que el anarquismo, y en general toda conciencia utópica, es la *secularización de la esperanza*.

Esto confirma nuestra afirmación inicial de que en el fondo de todo anarquista hay una conciencia religiosa y la tesis, a la que después nos referiremos, que vincula el anarquismo a la esfera de influencia católica, del catolicismo cismático u ortodoxo. Como después reitero, son Rusia, Italia y España los países en los que el anarquismo ha tenido mayor número de adeptos. Aunque los teóricos anarquistas rusos son los más divulgados, en Italia y en España hay una literatura anarquista con la suficiente importancia para demostrar que no sólo se vivió en la acción, sino que también produjo una corriente doctrinal cuyo interés no se aprecia bastante porque no se conoce bien.

Pero lo cierto es que Bakunin, además de hombre de acción, poseía una gran energía y fué teórico de altura. Desgraciadamente sus obras no son fáciles de encontrar. Ni la edición francesa, que sirve de base a las demás, es hoy demasiado asequible, ni su obra fundamental "Estatismo y Anarquismo" está en esta edición. La vida del propio Bakunin no era muy conocida hasta que Edward H. Carr publicó su excelente biografía el año 1937. En España, en que el anarquismo ha tenido raíces muy profundas, lo mismo que en Rusia por

ser entrambos pueblos profundamente religiosos dentro de la concepción general católica, Bakunin ha sido varias veces fragmentariamente traducido, pero desgraciadamente una edición de lujo en la que se incluía "Estado y anarquismo" se editó en Barcelona durante la pasada guerra civil y en los años que siguieron a su terminación, se prohibió y recogió esta obra de la que sólo se encuentra algún que otro ejemplar en bibliotecas particulares. Hoy la más completa es la edición argentina en la que se puede leer "Estatismo y anarquismo", obra que Bakunin escribió en ruso.

La antología que Maximoff hizo, que aparece ahora con un excelente prefacio, introducción y bibliografía a cargo de Hoselitz, Roker y Max Nettlan, satisface de cierto modo la necesidad sentida por tantos especialistas y en general por las personas cultas de leer a Bakunin.

Ante estas cuatrocientas y pico de páginas, ricas en ideas, en geniales intuiciones, y que representan, sobre todo, el mayor esfuerzo sistemático por dar una estructura coherente al pensamiento anarquista, el lector se pregunta una vez más ¿cuáles son los fundamentos del anarquismo y cuáles sus pretensiones?

Fundamentalmente el anarquismo es la negación del pecado original. Conviene tener en cuenta que Europa ha vivido y vive en cierto modo dentro de la idea *natura damnata*, cuya *natura damnata* implica que el hombre no puede conseguir en el mundo la felicidad total, ya que, incluso después de la Redención, su felicidad está traspuesta a un reino que se impondrá después del previsto fin escatológico de la humanidad señalada por el pecado original. El anarquista no cree que la naturaleza está intrínsecamente dañada; de aquí que todas las sectas religiosas que han negado el pecado original, o le han encerrado dentro del límite de algunas generaciones, coincidan de un modo u otro con el anarquismo y de aquí también que todos los

que creen que el hombre *naturalmente* posee una bondad perfecta, están próximos a los principios anarquistas. A su vez el anarquista cree que el Estado, en términos generales las estructuras socio-políticas habidas hasta hoy, son resultado de una aberración espiritual de occidente, de cuya aberración culpan a la Iglesia católica por haber defendido la *natura damnata* y sobre todo a las sectas protestantes que han subrayado la incapacidad natural del hombre para la perfección y el bien en lo que se refiere a los comportamientos humanos en el mundo. Quizás esta razón explique porqué en el ámbito de los países protestantes el anarquismo ha tenido tan pocos adeptos. El lector que lea a Bakunin se sentirá sumido en un mundo preciso, coherente, en el que la "esperanza" es realizable, y notará, normalmente con estupor, que él también empieza a participar del convencimiento de que, como dice Sartre, el infierno son los demás, y que de los adentros de la intimidad resurge una voz coincidente con la ambición, de inmediatez que los anarquistas ponen en su anhelo de felicidad total. La conciencia religiosa secularizada de los anarquistas descubre en cada uno una inesperada veta de bondad.

E. T. G.

MIGUEL HERRERA FIGUEROA:
"Justicia y Sentido". Prólogo de
Werner Goldschmidt. Universidad
Nacional de Tucumán. Facultad
de Derecho y Ciencias Sociales.
1955, 154 páginas.

El catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Tucumán ha abordado el tema capital de la justicia desde una perspectiva original: aquella que la conecta con el peculiar sentido de la conducta humana.

No se trata de una tesis innovadora que haga tabla rasa de las consideraciones clásicas o de las mejores consolidaciones del pensamiento occidental. Herrera Figueroa, consciente de la vertiente plu-